

MUESTRAS DE UN LIBRO

(Ideas y sentimientos)

I

¡ASÍ ES LA VIDA!

Muy singular aspecto presentaba el teatro aquella noche.

Los palcos y plateas, sumidos en completa oscuridad, dejaban escapar un sordo murmullo que delataba la multitud que los llenaba, murmullo que crecía hasta convertirse en ruido atronador, en medio del cual se oían impacientes gritos del público.

El escenario, inundado por la luz de focos eléctricos de variados colores, parecía la encantada gruta de una hada caprichosa.

Las bien imitadas rocas se rompían bruscamente, dejando ver en medio de sus desgarradas aristas un áspero y mal trazado sendero por el cual bajaba al proscenio Dora, la artista predilecta, la artista misteriosa que mantenía al público fascinado y palpitante bajo el poderoso encanto de su mirada, y que era inaccesible á toda seducción, á toda asechancia, envuelta en un velo de castas y altivas resistencias que nadie podía vencer.

¿Era frialdad de espíritu? ¿Sería cumplimiento de un deber? Hé aquí lo que aquel público aún no había podido adivinar.

A su vista, la multitud estalló en aplauso unánime y en gritos de entusiasmo delirante.

Dora, envuelta en una blanca túnica de sueltos pliegues, se adelantó pálida, majestuosa, haciendo titilar con la cadencia de su paso las tembladoras estrellas que adornaban su hermosa cabellera, y al inclinarse para saludar al público, algo parecido á un sollozo levantó las gasas que cubrían su seno.

Con leve movimiento principió la danza enloquecedora, la danza serpentina; su falda fue desplegándose poco á poco hasta tomar proporciones increíbles; crecía y crecía, alargándose, flotando al rededor de ella como inmenso mar de blancura, en medio de cuyas espumas se destacaban con suprema belleza sus ojos negros y su pálido rostro de Walkiria.

Al calor de la danza, Dora se había transformado, las líneas confundidas y borradas en el vertiginoso movimiento la habían convertido en algo impalpable, inmaterial, próximo á desaparecer.

Después, el movimiento se hizo menos rápido y la falda maravillosa se convirtió en pájaro, en flor, en mariposa de alas transparentes y espirales que subían y subían, produciendo en los espectadores el vértigo, vértigo en medio del cual desapareció Dora sin que nadie hubiera visto por dónde.

La danza había terminado.

La luz inundó todo el teatro, acariciando los hombros esculturales, las mórbidas gargantas de las damas, quebrando sus rayos sobre sedas y terciopelo y haciendo brillar la costosa pedrería. Una lluvia de flores llenó el proscenio, que quedó convertido en campo de primavera visitado por el amor.

Mientras afuera crecía el delirante entusiasmo, adentro, ella, Dora, la aplaudida artista, la mimada por el público, en un cuarto pequeño, casi sumido en tinieblas, se quitaba con mano nerviosa las gasas que la vestían, y envuelta en un abrigo sencillo, se lanzaba por una puerta de escape en las sombras oscuras de la noche, como penetra una brillante exhalación en las oscuridades del cielo.

* * *

Momentos después, Dora estaba de rodillas junto al lecho de su madre, que se moría, mientras ella, mártir del deber, trabajaba el dinero con que creía poder salvarla la vida.

Los gritos de dolor contenidos hasta entonces por ella, estallaron mezclándose con el rezo monótono de una Hermana de la Caridad que velaba á la enferma y con el fatídico estertor de la moribunda.

Los labios pálidos y secos de la enferma pronunciaban palabras oscuras, frases truncadas y sin sentido; sus ropas exhalaban un vaho de muerte, en sus facciones se iba grabando ese sello misterioso y solemne que el dedo de la muerte imprime á los que van á comparecer ante su Creador.

De la calle subía un murmullo sordo y confuso, pasos precipitados de personas que preparan algo en silencio, y de pronto un ruido inmenso de músicas, de cohetes y aclamaciones de entusiasmo: una ovación del público á Dora, su predilecta.

¡Era la gloria de la artista que profanaba el dolor de la mujer!

El alegre ruido ahogó el último quejido de la moribunda, cuyos miembros se estiraron en convulsión suprema, haciendo crujir los huesos con el horrible espasmo de la muerte....

Y en el momento mismo en que el dolor hería á aquella alma sensible con su dardo más cruel, en la calle crecían las ardientes aclamaciones, los delirantes gritos con que llamaban á Dora, la artista preferida, la de fascinadores ojos negros y pálidas facciones de Walkiria.

Así es la vida!....

II

MARGARITA

De día en día había sentido Daniel crecer la sombra pavorosa que le ocultaba la luz.

Las blancas cuartillas de papel permanecían ante él inmaculadas, y el pensamiento, sujeto como por un anillo de hierro, se negaba á dar las ideas que en otro tiempo,

como haces de luz, brotaban de él y se esparcían sobre el papel que rodeaban el nombre de Daniel de una gloriosa aureola.

Pronto tuvo que llamar en su auxilio á Margarita, la hermosa niña que había llegado como un sol de primavera á su hogar feliz hasta entonces.

Ella escribía, y él dictaba; á veces la sorprendía pensativa como meditando las frases ó corrigiéndolas, á pesar de que él nunca la había creído capaz de seguir el vuelo amplio y poderoso de sus ideas.

A veces se reía al ver aquella manecita tan blanca y tan fina, acostumbrada sólo á manejar la seda de algún bordado ó las flores de algún búcaro, manchada de tinta; otras, lloraba cubriéndola de besos.

¿Qué sería de ella y de su madre el día en que ciego é inútil ya no pudiera trabajar?

La sombra-oscura se espesaba más y más, y el cerebro, tal vez afectado por la enfermedad, ó ya por el dolor, había perdido su hermosa lucidez. El editor del periódico le había dicho:

—Es necesario que descanse, que se vigorece, porque en estos últimos artículos falta nervio.

Entonces Daniel se hundió más en la amarga tristeza y la enfermedad fue más aprisa.

Un día se encontró con que ya no veía nada, nada, ni el bello rostro de su mujer, ni la hermosa luz del sol.

Estaba ciego.

Su fuerza varonil se desplomó como un edificio destruido por la base, y cayó en negro y sombrío abatimiento.

Margarita, alegre y bulliciosa al parecer, llenaba la atmósfera que rodeaba al ciego de una alegría fresca y deliciosa, con el objeto de mitigar un poco aquel espantoso sufrimiento.

Pero aquella fingida alegría, que en ella era un esfuerzo de misericordia y de amor, llevó al ánimo de Daniel la

desconfianza. ¿Era, pues, que Margarita no sufría con el sufrimiento de él?

* *

Una mañana la madre de Daniel lo sorprendió poniéndole en los brazos una criatura esperada ya por todos con mezcla de alegría y de dolor.

—Aquí tienes la hija de tu amor, le dijo.

Le habían ocultado los sufrimientos de Margarita.

Tocó las carnes de la niña, suaves como plumón de cisne, la cubrió de besos, y guiado por su madre se acercó al lecho donde estaba su mujer.

Y abrazados y unidos lloraron ambos con desgarradores sollozos por aquel día que habría sido de inmenso placer en otras condiciones.

Regresó á su habitación aún más triste y abatido.

Y entonces Daniel pensó hondamente en su hija. ¿Cuál sería su porvenir? Sus ideas, enlazándose, le sugirieron otras inquietantes y funestas.

Los recursos allegados por él debían haberse acabado; pensó en los gastos del alumbramiento, en los oculistas, en la próxima operación que pensaban hacerle; para todo esto se necesitaba dinero, ¿de dónde le sacaría Margarita? Llamó á su madre:

—Madre, le dijo, ¿Margarita ha vendido sus alhajas?

—No, no ha vendido nada, le contestó ésta, sin penetrar el alcance de esta pregunta.

Entonces el ciego quedó con el espíritu en tinieblas, más negras que las en que vivía desde que había cegado, y una idea fija, tenaz, quemante, apareció grabada en esa negrura.

¿De dónde salía el dinero que se gastaba en su casa?

* *

Era una noche sombría, oscura. El cielo, sin ninguna estrella, se iluminaba ora sí, ora no, con una culebrina de fuego que se hundía en la inmensidad, dejando la noche más lóbrega y más temible.

Margarita, envuelta en un manto negro, cruzaba las calles de la ciudad, recelosa y tímida como una mujer honrada que se expone heroica á peligros desconocidos, ó también como una liviana mujer que teme ser sorprendida en el momento en que acude á culpable cita.

Algunos trasnochadores, que también recorrían las calles de la ciudad, se detuvieron.

—¿Ves?, dijo uno. Esa es la esposa de Daniel. Y se sonrió con malicia.

—Ya se aburrió del ciego, dijo otro que tenía alma de cieno.

Ella seguía apresurada, temblando, y si alguien se hubiera acercado, habría visto lágrimas en aquellos ojos y palidez en aquella frente....

Y mientras esto pasaba en la calle, Daniel, que la había sentido salir, se apretaba las sienes, próximas á estallar, y murmuraba:

—¡La vil, la miserable! ¿Será capaz de....?

* *

Un buen oculista había arrancado las cataratas de los ojos de Daniel.

La hermosa luz había vuelto á reflejarse en sus pupilas y pudo contemplar el rostro bellísimo de su mujer y el de su hija; al primer momento las atrajo con loco transporte; pero luego las apartó con violencia....

Margarita creyó en un acto de locura. ¡Había el pobre sufrido tanto!....

Días después, ya Daniel andaba por toda la casa y había establecido un hábil espionaje.

Sí, era verdad su desgracia. Margarita hacía misteriosas salidas, de las cuales volvía pálida y temblorosa.

Un día, ella había salido, y él resolvió buscar la prueba para consumir su venganza.

Entró en el gabinete de costura.

Era allí donde él debía registrar.

La máquina de coser, abierta, parecía esperar que su dueña continuara alguna labor empezada.

En una mesa de madera sin pulir, que así podía ser una escribanía como una mesa para coser, estaban en revuelta confusión retazos de telas, números de periódicos, encajes y alguna bata diminuta encintada y perfumada que el padre alzó para besar.... Debajo de ella había una carta cuyo sobre en blanco no decía nada.

¡Oh, la prueba!....

Y temblaba aquella carta en manos de Daniel como tiembla la hoja del árbol sacudido por ruda tempestad.

Rompió el sobre. ¡Era de Margarita!

Las letras, como pequeños seres animados, se movían, se enlazaban, huían. Era imposible leer.

Daniel, á riesgo de cegar más irremediamente que la vez primera, se acercó á la cruda luz de la ventana y leyó:

“Sr. Editor:

“Anoche dejé en la Redacción el último artículo que saldrá de mi pluma, pues ya Daniel puede escribir; ¡oh, que no sepa jamás que he usurpado su nombre para sostener ese mismo nombre, que es el orgullo de su hogar y la alegría de mi corazón.”

.....
El papel se escapó de las manos de Daniel....

¡Luego aquellas misteriosas salidas eran para llevar su trabajo á la imprenta!

Luego aquella niña delicada tenía el espíritu de la mujer del Evangelio.

¡Oh, Margarita mía!....

Y cayó de rodillas, tendiendo las manos como si ella estuviera presente....

Entonces unos brazos mórbidos rodearon su cuello, y una voz dulcísima murmuró en su oído:

—Pero, Daniel, ¿te has vuelto loco? ¡Dudabas de mí! y sin embargo, siempre te he amado con toda mi alma, con todo mi cerebro y con todo mi corazón....

MARY FAITH

(Concepción T. de Araújo)

Cartagena, 1906.

—❁—
A CASANARE

¡Casanare! Eres conjunto
De lo rico y de lo bello,
Del paraíso destello,
Y del edén un trasunto;
Que todo lo bello junto
De las más lindas regiones
Es desprendidos jirones
De tu gracia original;
No podrán tener rival
Tus grandiosas creaciones.

No es cierto, no, que los Llanos
De tu comarca oriental
Son la fosa sepulcral
De viajeros colombianos.

Tales asertos son vanos,
Y quien de aquesta manera
Crédito da á la quimera,
Es negado ó malicioso,
Que no hay país tan hermoso
Como esta oriental pradera.

“¡El mar! ¡el mar!....”—grita ufano
Aquel que por vez primera
Mira de la cordillera
El mudo y gigante Llano.—